

LAUREN ASHER



La oferta final

**Besties
Books**

A VECES EL PRIMER AMOR SOLO NECESITA
UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD.

LAUREN ASHER

La oferta final

Traducción de Víctor Ruiz Aldana



Título original: *Final Offer*

© 2023. FINAL OFFER by Lauren Asher

© por la traducción, Víctor Ruiz Aldana, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Ilustraciones del interior: © Freepik

Primera edición: marzo de 2025

ISBN: 978-84-270-5373-1

Depósito legal: B. 2.142-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Alana

De haber sabido que moriría esta noche, me habría puesto una ropa interior más sexy. O, como mínimo, me habría puesto algo más mono que este pijama desparejado lleno de agujeros y manchas de lejía. Mi madre debe de estar regañándome desde el cielo ahora mismo, preguntándose qué hizo mal conmigo.

«Perdóname, mami. Debería haberte escuchado.»

Me persigno deprisa antes de amartillar el arma en dirección a la sombra que se alza frente a la puerta abierta. El corazón me late con furia en el pecho, cada vez más rápido.

—Voy a contar hasta cinco para que salgas de mi casa antes de disparar. Uno..., dos...

—Mierda.

Algo pesado golpea la pared antes de que se oiga un interruptor y la entrada de la casa se inunde de luz. Aprieto con fuerza la mano del arma al encontrarme cara a cara con la única persona que pensaba que no volvería a ver jamás. Nuestras miradas se cruzan. Sus ojos azules recorren la silueta de mi rostro como una caricia invisible, y siento una oleada de calidez por todo el cuerpo.

A pesar de la alarma estridente que me resuena en la

cabeza para que me aleje de él lo antes posible, no puedo resistirme a repasar de arriba abajo el más de metro noventa de Callahan Kane. Todo me resulta familiar, hasta el dolor en el pecho que nunca desapareció, ni siquiera cuando él sí lo hizo.

Esa sonrisa fácil.

Ese pelo rubio oscuro, rebelde, siempre despeinado y suplicando que alguien lo dome.

Esos ojos azules, del color del cielo despejado, que brillan como la superficie del lago bajo el sol del mediodía.

Han pasado seis años desde la última vez que lo vi. Seis largos años que me han endurecido lo suficiente como para interpretar su encanto por lo que es en realidad.

«Una trampa.»

Si lo observo con detenimiento, consigo distinguir las grietas de la fachada que trata de ocultar bajo su belleza y carisma. Siempre procuraba que la gente no se acercara demasiado a la persona rota que se escondía tras la máscara. Eso fue lo primero que me llamó la atención, y lo que provocó mi ruina.

Tenía veintitrés años cuando me rompió el corazón, pero siento el dolor como si hubiese sido ayer. En lugar de ignorarlo, me entrego a él y lo aprovecho para alimentar mi rabia.

—¿Qué coño haces aquí? —le espeto.

La sonrisa le decae antes de volver a su sitio.

—¿No te hace ilusión verme?

—No te haces una idea —contesto, y le hago un gesto con la mano—. ¿Por qué no te acercas un poco para que no yerre el tiro? Ya me jodería no acertarte en un órgano vital.

Arrastra la mirada de mi cara al arma que sostengo en la mano.

—¿Sabes siquiera cómo se dispara eso?

—¿Quieres descubrirlo? —digo, entornando los ojos.

—¿De dónde la has sacado?

—Me la regaló mi madre. —Saco pecho.

Él abre los ojos como platos.

—¿La señora Castillo te regaló un arma? ¿Por qué?

Bajo la pistola y le pongo el seguro.

—Siempre dice que una mujer debe tener dos cualidades: ir armada y ser peligrosa.

Se queda boquiabierto.

—Pensaba que no iba en serio lo de tener un arma para mantenernos a raya.

—No todo el mundo se ha criado en un barrio residencial de Chicago con un ejército de niñeras y mayordomos.

—Y no todo el mundo se ha criado en un pueblecito turístico de la costa donde puedes comprar al poli con alcohol y un billete de cien.

Tuerzo el gesto.

—Para que lo sepas, el sheriff Hank se jubiló el año pasado.

—Qué desgracia para los delincuentes adolescentes.

—Ensancha aún más la sonrisa.

El estómago se me llena de mariposas. Por las vueltas que me da, es como si se hubieran despertado miles de repente tras pasar seis años atrapadas en sus capullos.

«Te partió el corazón. Compórtate.»

Tenso los músculos de los hombros.

—¿Piensas explicarme qué haces allanando mi casa o vamos a pasarnos la noche aquí de pie?

—¿Tu casa? —Frunce el ceño—. Creo que te equivocas. Es posible que mi abuelo permitiera que os quedarais porque tu madre cuida la propiedad, pero no es vuestra.

Mi madre no solo cuida la casa de los Kane, sino que la quiere como si fuese suya desde que Brady Kane la contrató para administrarla y atender a sus nietos.

«Y, aun así, te la legó a ti, no a ella.» Me da un vuelco el corazón.

—Según las escrituras de la casa que dejó tu abuelo, sí.

Cal se yergue.

—¿Qué quieres decir?

—Eso queda entre él y yo.

—Pues teniendo en cuenta que no puedo pedirle que me lo explique al estar a dos metros bajo tierra, creo que necesito que lo desarrolles un poco.

El dolor que me oprime el pecho se intensifica.

—Me dijo que esta casa era mía y que tenía todo el derecho del mundo a disparar a quien me lo cuestionara.

Se cruza de brazos y los ojos se me van a los músculos que se le insinúan bajo la camisa.

—Ahora sí sé que me estás mintiendo. Mi abuelo detestaba las armas.

—¿Sí? ¿Y qué me dices de la pequeña colección que tiene en la buhardilla?

—¿Qué colección? —pregunta, frotándose la barbilla. Ladeo la cabeza.

—Quizá no conocías a tu abuelo tanto como crees.

—Ah, ¿y tú sí? —Suelta una risita condescendiente.

Alzo la barbilla.

—Pasó aquí todos los veranos hasta el accidente, así que sí, creo que lo conozco mejor que la persona que ni siquiera se molestaba en llamarlo por su cumpleaños.

Me esquiva la mirada.

—Antes de que entrara en coma no nos hablábamos.

—Quién sabe por qué —replico con la voz cargada de sarcasmo.

—Cometí muchos errores la última vez que estuve aquí —dice él acariciándose la nuca.

—¿Como liarle conmigo?

Se le tensan los músculos de la mandíbula.

—No debería haber ido detrás de ti.

Siento como si Cal me hubiese atravesado el pecho con un cuchillo de sierra, pero me mantengo impertérrita, una habilidad que he perfeccionado a lo largo de los años.

—No, no deberías haberlo hecho. —Aprieto los dedos en torno al mango de la empuñadura de la pistola.

—Me arrepiento de haber echado a perder nuestra amistad.

El cuchillo invisible se retuerce y se hunde aún más en mi piel.

—Lo que echó a perder nuestra amistad no fue que empezáramos a salir, sino tus adicciones.

Analgésicos. Alcohol. Sexo. Cal recurría a ellos para acallar a los demonios de su cabeza, y yo, tonta de mí, estaba demasiado enamorada para darme cuenta.

«No puedes culparte si a él se le daba de perlas ocultarlo.»

Aun así, todavía me cuesta creer lo que me digo. Noto un nudo en la garganta tras años de emociones reprimidas, y me cuesta tragar. Él aprieta la mandíbula y su marcada estructura ósea se perfila aún más.

—Lo creas o no, no he venido hasta aquí para discutir contigo por nuestro pasado.

—¿Y se puede saber a qué has venido entonces?

De las cien preguntas que quiero hacerle, esa me parece la menos arriesgada.

—He venido a echarle un vistazo a la casa.

—¿Seis años después? ¿Por qué?

—Porque pretendo venderla.

Parpadeo dos veces.

—No. Ni hablar, olvídate.

—Lana...

Mi corazón muerto se enciende al oír el apodo que usaba conmigo.

«Con razón le pareciste tan fácil la última vez. Le basta con llamarte por un apodo absurdo para que bajes la guardia.»

—No me llames así. —Aprieto los labios.

—Alana —se corrige con una pequeña mueca—. No sé lo que te dijo mi abuelo, pero debiste de malinterpretarlo.

—Claro, cómo no, das por supuesto que fui yo la que lo malinterpretó.

Él entorna los ojos.

—No compliques más las cosas.

—¿No? ¿Y qué quieres que haga? ¿Que me comporte como una chiquilla ingenua y estúpida como la última vez?

Ignora mi salida de tono y prosigue:

—Podemos resolver esto rápido. ¿Dónde están las escrituras?

Hago una pausa y valoro las consecuencias de ceder a su petición.

«Cuanto antes le enseñes las escrituras, antes se irá.»

—Voy a buscarlas. —Hago ademán de dirigirme a la escalera antes de lanzarle una mirada por encima del hombro—. No te muevas de ahí.

—¿Y arriesgarme a que me pegues un tiro? No, gracias.

La respuesta me pende de la punta de la lengua, pero me la trago. Eso es lo peor de Cal, que puede conseguir que cualquier persona se olvide de que está enfadada con él solo con una broma y una sonrisa. Es su mayor superpoder y mi kryptonita personal.

«Ahora estás más preparada.»

Eso espero, al menos.

Subo corriendo al piso de arriba y guardo la pistola en la caja fuerte antes de buscar las escrituras. Apenas tardo un momento en dar con ellas entre otros documentos legales importantes.

Cal me mira las manos mientras bajo la escalera.

—¿Dónde te has dejado el arma?

Me encojo de hombros.

—Me sé cinco formas distintas de matar a un hombre con mis propias manos, así que tampoco es que me haga mucha falta.

Su piel dorada adquiere un tono blanco.

—Por favor, dime que estás tomándome el pelo.

Ojalá fuese broma. Un verano mi madre me mandó a Colombia a visitar a mi tío, y no se le ocurrió otra cosa para entretenerme que ponerme a trabajar en su granja y enseñarme artes marciales mixtas. Volví un mes más tarde siendo cinturón negro en darle palizas a la gente y con las habilidades de supervivencia necesarias para ganar un *reality* de esos de naturaleza.

Dejo las escrituras sobre la mesa de la entrada y señalo la firma de Brady.

—Ahí. Tal como te he dicho.

Cal se pone a mi lado para examinar las escrituras. Procura guardar las distancias mientras lee, pero, al cambiar el peso de pie, nuestros brazos se rozan por accidente. Una corriente de energía me recorre el cuerpo. Se apresura a llevarse el brazo detrás de la espalda, aunque el efecto del contacto con su piel perdura. Han pasado seis años y mi cuerpo reacciona como si hubiese sido ayer.

Frunzo aún más el ceño.

Cal sacude la cabeza después de leer la hoja entera.

—Lo siento, pero estas escrituras que te dio están obsoletas. —Señala la fecha escrita junto a la firma de Brady—. Esta firma es de antes de su último testamento.

—¿Qué testamento?

—El que redactó antes del accidente.

Siento como si Cal me hubiese agarrado del cuello y estuviese apretando.

«No. No es posible.»

—Pienso llamar a su abogado ahora mismo, a ver si podemos aclarar la situación.

Me vuelvo hacia la escalera, desesperada por subir a buscar el teléfono. Cal se mira su reloj pijo.

—Es casi medianoche. Dudo que Leo te responda a estas horas.

Maldigo entre dientes, y él se mete las manos en los bolsillos.

—Contactaré con él mañana a primera hora para intentar resolver este asunto antes de que llegue el agente inmobiliario —propone.

—¿Qué agente inmobiliario?

—El que he contratado para que me ayude a vender la casa.

—¿Qué parte no has entendido de «me niego a vender mi casa»?

—Para empezar, lo de que la consideres tuya.

Retuerzo los dedos hasta cerrar con fuerza los puños para no rodearle ese cuello enorme que tiene. Él baja la mirada hasta mis manos antes de volver a alzarla hacia mi rostro.

—Creo que hasta que el abogado nos dé una explicación válida deberíamos dejar el tema aparcado. Es tarde y no vamos a llegar a nada —dice, y la puerta cruje cuando la abre.

—Espera. —Alargo la mano—. Dame tu llave.

Cal me ignora mientras arrastra su equipaje para meterlo en la casa.

—No me voy a ningún lado.

—Uy, pues ya te digo yo que aquí no te quedas —escupo.

—¿Adónde quieres que vaya?

—El motel de Main Street debe de tener habitaciones libres, y además ahora tiene wifi y tele a color.

Cal separa los labios.

—No lo dirás en serio. Allí arrestaron una vez a un asesino en serie.

Pongo los ojos en blanco.

—Sí, pero no cometió ninguno de los asesinatos en el motel.

—Ah, bueno, haber empezado por ahí.

—Mami, ¿quién es ese señor? —grita Camila desde lo alto de la escalera. Observa a Cal con sus ojazos azules antes de volver a posarlos en mí.

Sin pensar, le hago un gesto con la mano para que se vaya.

—Nadie importante. Vuelve a la cama, por favor.

Cal, ojiplático, nos mira a Cami y a mí.

—¿Quién cojones es esa niña y por qué te ha llamado «mami»?

—No digas tacos delante de mi hija —susurro, aunque casi es un siseo.

—¿Hija? ¿Cuántos años tiene? —Cal se tropieza al tratar de alejarse de mí, pero no tarda en recuperar el equilibrio.

—¡Cinco! —Cami levanta la mano como si esperara que alguien se la chocara.

Cal se queda lívido y se apoya en la pared.

—Cinco. Es el tiempo que... Ella... Nosotros...

—No es tu... —Mi respuesta se queda a medias cuando los ojos se le van hacia el interior de la cabeza.

Las piernas le fallan y se desploma hacia delante.

—¡Mierda!

Me abalanzo hacia él y nuestras extremidades se entrelazan cuando caemos. Me quedo sin aliento al chocar con el parqué desgastado. La cabeza de Cal me golpea la barriga y, aunque duele más de lo que esperaba, al menos amortigua su caída. No consigo sujetársela a tiempo antes de que se escurra de mi regazo y toque el suelo. Cal ni se inmuta; se queda tumbado sobre el parqué, completamente inconsciente.

—Joder. Eso le va a doler. —Ruedo su cuerpo hacia mí antes de levantarle la cabeza y posarla sobre mi regazo.

—Uyyy. Mami, tienes que poner dinero en el bote de los tacos.

Tengo la sensación de que el bote de los tacos es la última de mis preocupaciones ahora que Callahan Kane ha irrumpido de nuevo en mi vida con una sonrisa letal y un marrón de los gordos.